

abierta a nuevas interpretaciones y significados.

Sin embargo, esta obra pone de nueva cuenta en la mesa de la discusión las diversas maneras como se ha venido utilizando la categoría género. Si bien trata de entender las diferencias entre hombres y mujeres y desentrañarlas, conceptualiza el sexo como algo que se mueve en el nivel de lo simbólico y de la cultura y no como un dato biológico a partir del cual se construyen un conjunto de símbolos, valores, significados y representaciones sobre lo masculino y lo femenino.

Las autoras olvidan que el género habla de las construcciones socio-culturales sobre lo femenino y lo masculino. La relación entre los sexos tiene, efectivamente, toda una connotación cultural que también se ha traducido en una desigualdad que marca el destino diferencial para hombres y mujeres y que no podemos olvidar. Habría que pro-

fundizar en el entendimiento de la diferencia a la luz de la desigualdad, que si bien ha permitido la instauración de los modelos "del deber ser" para hombres y mujeres, ha posibilitado la movilidad en la construcción de nuevas formas más libres y autónomas del "ser y hacer".

GUADALUPE MEZA

### **MASCULINIDAD. UN VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO**

GILMORE, David. *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Paidós, Barcelona, 1994.

Gilmore se interesó en el tema de la virilidad a raíz de una larga estancia en una ciudad andaluza en la que cotidianamente, y como parte del lenguaje coloquial, hombres y mujeres hacían referencia a "los

hombres de verdad", al ser "machos" o la "verdadera virilidad". Con el tiempo Gilmore se percató que esta preocupación por la virilidad del hombre aparece con diferentes matices y variantes en los contextos y lugares más disímolos: en las culturas tradicionales, en la vida académica occidental, en el escritor o intelectual moderno o en el rudo *cow boy*.

El autor afirma que en general en todas las sociedades, y por muy diversas que éstas sean, los seres humanos tenemos idea, preocupación o inquietud sobre el tema, mismas que se han incrementado a raíz de los estudios antropológicos, los estudios sobre mujeres y especialmente con la difusión del discurso feminista de las últimas décadas. Afirmación que él mismo relativiza en las conclusiones con un "quizá" definitivo debido a la presencia de dos culturas que no construyen una socialización bipolar

para ambos sexos. El autor cree también que muy probablemente la androginia exista en un mayor número de culturas de las que actualmente se reporta.

En este libro Gilmore se propone exponer, a través de un estudio antropológico, "retrospectivo e intercultural de la virilidad y la masculinidad", "la manera en que la gente de diferentes culturas concibe y experimenta la masculinidad".

Gilmore afirma que su metodología de análisis es híbrida ya que la masculinidad se construye como "un ideal que no es simplemente un reflejo de la psicología individual, sino que es parte de la cultura pública, -es- una representación colectiva" (p.18). Retoma elementos tanto del materialismo cultural como de la psicología posfreudiana y hace una comparación entre múltiples y diversas culturas y tiempos sociales.

Su universo de estudio es amplio

y variado, va de los andaluces del mediterráneo a los alemanes de Europa, los marroquíes de África, los trukenses de Micronesia, los mehinaku del amazonas brasileño, los sambia de Nueva Guinea, los dodoth de África oriental; los judíos, chinos, escritores y vaqueros de Estados Unidos; los samburu o masai de Kenia, los gisu de África, los chinos de la República Popular, los hinduístas, los japoneses, los tahití de la Polinesia y los semaí de Malasia. Algunos de estos pueblos son o fueron guerreros, pescadores, ganaderos, cazadores, comerciantes, empresarios, vaqueros o pacíficos agricultores y recolectores.

Sus fuentes de estudio son la mitología, la literatura y los estudios etnográficos y antropológicos contruidos en tiempos históricos y con metodologías muy diversas.

En este viaje por el tiempo y el espacio Gilmore intenta caracterizar la socialización de la masculinidad y

rescatar aquellas constantes que la determinan, así como contestar a diversos cuestionamientos: ¿por qué hay tantas similitudes en la construcción de la masculinidad?, ¿por qué tantas pruebas y agonías aparentemente gratuitas asociadas al papel del hombre?, ¿por qué es necesario tanto adoctrinamiento y motivación para convertirse en hombre de verdad?, y más allá, ¿qué hay en la masculinidad "oficial" que requiere tanto esfuerzo, reto o sacrificio?, ¿por qué ha de ser la masculinidad tan deseable y a la vez concedida tan a regañadientes en tantas sociedades?

Una constante que detecta es que la masculinidad como "la forma aceptada de ser un varón adulto en una sociedad concreta" es algo que ha de ganarse, y que una vez que se logra debe mantenerse, de no ser así se pierde nuevamente, y cuando se pierde es para siempre.

Con muy diversas prácticas e

ideas, que como un *continuum* de imágenes y códigos masculinos van de la agresividad descarnada y flagelante a los meramente simbólicos, esta construcción de la masculinidad requiere de tres imperativos básicos: fecundar, proveer y proteger. A estos imperativos señalados por Gilmore se pueden agregar otros que a mi criterio tienen un supuesto propio: potencialidad o competencia sexual; independencia o autonomía, y actuación pública.

*La gran actuación.* Para lograr fama, gloria, honor y el título de "hombre verdadero", *big man* o "varonil", se debe lograr y mantener permanentemente una actuación viril en el espacio público: el bar, la cantina o el billar; la calle o la plaza pública; el estrado político o de la oratoria; el espacio de la caza, la pesca, el robo y la guerra; el almacenamiento ostentoso y la exhibición de bienes materiales.

*La potencia sexual.* Todo hombre

verdadero debe ser potente y capaz sexualmente. Algunas culturas fundamentan esta capacidad sexual en el cuerpo: deberá tener grandes testículos, ser musculoso, con pene grande y rápido. En otras se exige que el hombre sea contundente en el cortejo, fácilmente excitable e insensible en el acto, a tal grado que debe llegar a la violencia o la agresión. En el sur de Italia, por ejemplo, el hombre primero rapta o viola a la mujer y después "la desposa". Otro símbolo de la fuerza y virilidad es la "desfloración" de la mujer, exhibiendo como trofeo de guerra la sábana ensangrentada. En algunas culturas africanas la capacidad sexual se expresa al dejar satisfecha a la mujer, y es ella quien evalúa al hombre; pierden los que llegan primero al orgasmo; cuando el hombre pierde, no es hombre de verdad y es motivo de burlas, "chismes" y repudio de las mujeres y su grupo social.

*La fecundación.* Para ser hombre

de verdad no basta con la acrobacia y el escarceo erótico; es necesario embarazar a la mujer. El embarazo de la mujer valida la masculinidad y capacidad sexual del hombre, por ello debe ser prolífico en descendientes; el tener muchos hijos -de preferencia varones- en algunas culturas puede ser con una sola mujer -su mujer- y en otras se requiere de muchas, porque cuantas más mujeres fecunde más hombre será. La fecundación también contribuye a engrandecer la actuación del hombre y le permite expresar su capacidad de proveedor y protector.

#### *La independencia o autonomía.*

Para lograr la independencia se exige la separación de la madre o de cualquier mujer adulta; romper radicalmente con el mundo de la mujer y todo lo que la representa. Los procesos de individuación y separación de la madre suelen ser muy dolorosos en algunas culturas, en otras sólo implican referentes

simbólicos; por ello es necesario separarse también de la mujer, esposa o concubina, y portarse fuerte y distante frente a ella. El miedo a caer en las redes de Venus o Cirse -como fuentes de placer y protección- o de la mujer tapir -como proveedora- permea muchas culturas ya que la independencia también se expresa en el derecho a transitar libre y obligadamente por el espacio público. Ser libre de la tutela materna o los placeres de la amada resulta obligado para reforzar la actuación viril.

*La autosuficiencia.* El hombre autosuficiente provee a su prole y debe contribuir al bienestar del grupo. Las formas de expresar la autosuficiencia son variadas; trabajando de sol a sol, no por amor al trabajo sino con esfuerzo y dolor; el que descansa, el que se duerme, se asemeja al niño de pecho. En algunas culturas la autosuficiencia se expresa al almacenar bienes mate-

riales (ganado, tierras, granos, dinero, carros), aunque para algunas este almacenamiento no es sólo acumulación sino también expresión de la capacidad organizativa o de superproveedor. Por ello una manifestación de la autosuficiencia es otorgar, regalar, dar en bastedad no sólo a la familia sino también al grupo social más amplio.

*Protección, estoicismo y la valentía.* Tres conceptos y una misma imagen que se expresan cuando se actúa con prontitud y celeridad ante la amenaza propia, de la familia, la clase, el grupo o la nación. Es tan importante el concepto de ser hombre a partir de demostrar el valor, que el autor lo señala como indispensable para entender la lucha de los sindicatos o la guerra civil en España, o la necesidad de apelar a los conceptos de hombría y virilidad por parte de los promotores de la independencia hindú -una cultura que tiene un panteón feme-

nino o hermafrodita relevante- para incitar a la rebelión.

Otro elemento que fundamenta la masculinidad en las culturas mediterráneas, y mexicana, o de los dependencieros turkenses, es el machismo. Sin embargo el autor no considera al machismo como un indicador de la masculinidad: es sólo una versión exagerada de la estrategia masculina, con fuertes dosis de conflicto y presión, es más una competencia intensificada que se impone como "máscara" para impedir que quede "al descubierto el tembloroso bebé que hay dentro" (p.84).

Al finalizar la primera etapa del viaje por el tiempo y el espacio, y antes de concluir con una afirmación rotunda acerca de que en todas las sociedades, con distintos matices, la socialización de la masculinidad es un proceso duro que se impone para fabricar al hombre de verdad, Gilmore se adentra un poco

en la cultura tahití de la Polinesia y la semai de Malasia. Los occidentales consideran que los tahití tienen "ausencia de diferenciación sexual en los papeles que se desempeñan", pues éstos se intercambian sin ansiedad y con mucha facilidad entre los diferentes sexos. En Tahití, "por las razones que sean [...] la virilidad no supone una categoría importante, ni simbólica, ni de comportamiento" (p.204), por ello muchos occidentales han catalogado a los tahití como andróginos.

Los semai, por su parte, han incorporado como un elemento ideal del yo no repudiar a nadie ni lastimarle o ser agresivos; viven la cotidianidad más presionados por este yo ideal que preocupados por la diferenciación sexual. Así, no se podría cumplir con el ideal semai siendo protector con la mujer, viril en la competencia o la guerra, obligando sexualmente a la mujer o usándola para demostrar la hombría.

En general, a excepción de la caza de especies menores que no implica riesgo, la caza no se simboliza como rito de masculinidad ni se considera exclusivamente masculina; la división social del trabajo se fundamenta en las capacidades.

En ambas culturas "los varones están dispensados de probarse a sí mismos corriendo riesgos" (p.211) y "no sienten ninguna necesidad innata de actuar virilmente" (p.213), al contrario de lo que sucede en casi todas las culturas que adoptan una conducta viril del logro.

El libro logra atrapar por la riqueza y aporte de sus ejemplos, que si bien no son del todo desconocidos, ponen los puntos sobre las íes en algunos comportamientos masculinos.

Para Gilmore, aunque simbólicos, "los códigos de virilidad parecen más derivados que arbitrarios" (p.218); hay una fuerte conexión entre la organización social de la

producción y la intensidad de la imagen masculina.

La virilidad puede considerarse como el estímulo que evita la regresión psíquica y apoya la separación yo-objeto materno. Es "un guión simbólico, una construcción cultural con un sinnúmero de variantes y no siempre necesario" (p.224).

Sin embargo, aunque el autor dice que hace un análisis dialéctico de la masculinidad en el que rescata los aspectos psicológicos de la construcción de la individualidad e identidad masculina y los lee en "retroacción" con el contexto material de las sociedades y su ideología, me atrevo a afirmar que tal análisis es aún incompleto y que sus afirmaciones sobre la lucha, la división del trabajo y la cultura como teoría del valor (que expone en las conclusiones) están aún por desarrollarse desde el objeto de estudio (los ejemplos). No en balde, como él mismo lo expresa, no hay un guión

específico ni preestablecido en el orden de exposición de las culturas.

Por otro lado, preocupan algunas de las afirmaciones en el apartado de conclusiones. Según Gilmore, aunque no exista un varón universal sí se podría hablar de un varón "omnipresente", en donde la virilidad es una especie de procreación masculina, que radica en la autodisciplina, en la autodirección de los hombres. A diferencia de la femineidad, que si bien requiere de una fuerte dosis de "sacrificio y abnegación", ésta se arraiga con la disciplina externa a ella -de la madre, el padre, los hermanos, el marido, los hijos- y bajo el control del varón. El error radica en que Gilmore parte del supuesto de que los hombres "no están siempre bajo el dominio de otros [...] y por lo tanto resultan más difíciles de controlar socialmente" (p.216), y por ello se requiere de un sistema moral especial ("la verdadera virilidad") para

asegurar la aceptación del varón.

Pero más preocupa que después de un viaje por el espacio y el tiempo, la lectura de múltiples trabajos y la "pretendida discusión teórica", casi en la penúltima página haga las siguientes afirmaciones que expongo sin comentarios.

Al hablar de "la crianza de los hombres" afirma que si el verdadero hombre es aquel que más bien da en lugar de tomar, entonces el hombre, de una manera distinta a la mujer, también cria cuando "cuida a su sociedad vertiendo su sangre, su sudor y su semen, llevando a casa alimento para el hijo y la madre, produciendo hijos y muriendo si es necesario" (p.223).

Gilmore considera que la contribución masculina para esta crianza debe ser distinta a la de la mujer, ya que el "hombre debe ser distante, alejarse para librar guerras o cazar; para ser tierno debe ser lo bastante duro como para repeler a los enemi-

gos. Para ser generoso debe ser lo suficientemente egoísta como para acumular bienes, a menudo derrotando a otros; para ser amable primero debe ser fuerte, e incluso despiadado a la hora de enfrentarse al enemigo. En el amor debe ser lo bastante agresivo para cortejar, seducir y 'conquistar' a una mujer." (p.224).

JAIME PRECIADO

## UNA VENTANA QUE CUBRE UN VACÍO

*La ventana. Revista de estudios de género*, núm. 1, 1995; Centro de Estudios de Género, udeg.

El proyecto editorial de *La ventana. Revista de estudios de género* es relevante por varias razones:

— 1. Estamos al final de un milenio de paradojas: a la par de la globa-